

REFLEXIONES

" LA ' MISION ' COMO ELEMENTO  
FUNDAMENTAL E INTEGRADOR  
DE NUESTRA VOCACION "

Juan Ramón Moreno, S.J.

INTRODUCCION

En su carta del 1 de noviembre de 1976, el P. General, tras un estudio de la formación recibida de la Compañía entera, considera como lo más importante para que podamos traducir en "praxis viva" la Congregación XXXII, lograr la integración real de nuestra vida espiritual y nuestro apostolado, llegar a ser de hecho "in actione contemplativus".

Es un volver a un tema que toca la médula misma de nuestra vocación. Integración de la experiencia de Dios y la acción comprometida con las realidades concretas de los hombres; unión con Dios y encarnación real e históricamente situada.

Pero, esta integración no resulta nada fácil, y caer en una dicotomía deformante y gravemente dañosa para nuestra identidad cristiana y jesuítica es un peligro algo más que puramente retórico. La tentación de reducir el misterio de la Encarnación a una de las dimensiones que lo componen no sólo llenan las páginas de la historia del Dogma, sino también las de la Espiritualidad.

La reflexión que sigue es un pequeño esfuerzo en la búsqueda de líneas integradoras, de elementos que ayuden a adquirir una visión unitaria e integrada de nuestra vida. Nos centraremos en la idea de "misión", a la que la Congregación General XXXII ha dado una importancia nuclear y que es, quizás, la clave más fundamental y más genuinamente ignaciana para interpretar nuestro caminar jesuítico.

Somos ante todo un "cuerpo en misión". Profundizar en lo que significa ese "estar en misión", es algo que puede y debe iluminar y unificar los diversos aspectos de nuestra vida.

A. LA "MISION" DE JESUS: FUNDAMENTO Y PARADIGMA DE LA NUESTRA

El paso fundamental para esta profundización debe ser volvernos hacia aquél de quien recibimos y con quien compartimos -por algo nos decimos "Compañeros de Jesús"- nuestra misión.

1. CLARIFICACION DEL TERMINO

Conviene aclarar, ante todo, que el término mismo "misión", puede tener un triple sentido y referirse a:

- a) La acción de enviar.
- b) El encargo que se confía a la persona enviada.
- c) La actividad misma mediante la que ése encargo se realiza.

Es evidente que todos estos sentidos están implicados entre sí y que el primero, que denota la acción misma de enviar, es el principal y da el tono a los otros dos, pero no está de más clarificar los conceptos, para saber en cada momento cuál es el sentido en que directamente empleamos la palabra "misión".

2. EL PADRE QUE AMA AL MUNDO Y ENVIA A SU HIJO.

" Tanto amó Dios al mundo que dio a su hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo se salve por él "

-Jn. 3,16-17 -

En estos versículos encontramos por un lado todos los elementos de la acción por la que el Padre envió a su hijo -sentido a)-, y por otro un doble enunciado del encargo mismo que el Padre confía al Hijo -sentido b) .

- a) La acción por la que el Padre envía al Hijo.

Esta acción, como lo describe Juan, contiene los siguientes elementos:

1. El que envía: Dios Padre
2. El que es enviado: el Hijo
3. Término al que es enviado: el Mundo
4. El motivo de este envío: el amor de Dios por el mundo.

San Ignacio, en la contemplación de la Encarnación -sin duda una de las que mejor reflejan la peculiar manera ignaciana de concebir su propia vocación apostólica y la de la Compañía- elabora estos mismos elementos de una manera visual eminentemente apta para ser contemplada.

Frente a frente los dos términos de la acción: el Dios trino y el mundo. Pero se trata de un Dios que mira al mundo y lo mira en su situación real y concreta.

"...cómo las tres personas divinas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres y como, viendo que todos descendían al infierno, se determina en la su eternidad que la segunda persona se haga hombre para salvar el género humano."

-E 102-

En los tres puntos subsiguientes se desmenuzarán más los contrastes a través de ese ver, oír y mirar. Por un lado el mundo en su realidad concreta, variada, compleja, pero en que "todos descienden al infierno" -manera de expresar la universalidad del pecado y la perdición .

Por otro lado, frente a ese mundo, la mirada de Dios, mirada peculiar, mirada amorosa, que no puede permanecer impassible ante lo que ve; por eso, de esa forma de mirar a ese mundo concreto no puede menos que brotar el "Hagamos redención". Así, "enviando al ángel San Gabriel...", se inicia el proceso histórico de la Encarnación.

Es importante recalcar en este momento lo que en sí es tan obvio. Es la situación concreta, histórica de descalabro y pecado, pero situación mirada desde el amor de Dios, lo que provoca por un lado la acción de enviar, y configura por otro la misión -sentido a)- de Jesús, y la forma misma concreta -sentido c)- de realizarla (enviando a San Gabriel a Nuestra Señora...). Un mundo no mirado y no reconocido por esa mirada en su realidad y necesidades concretas, no provoca nada. Pero una mirada distinta de la mirada amorosa de Dios, lo que provocaría es cualquier otra cosa, pero no ese movimiento encarnatorio que se identifica con el mundo y asume, situándose en la historia, sus miserias y contradicciones para llevarlo a plenitud de vida. Es de la conjunción, en ese mirar, del mundo concreto que es mirado y del amor divino, o mejor, del Dios que es amor que mira, de donde brota el proceso de redención.

Pero centremos ahora la atención en el Hijo encarnado, en ese Jesús que es enviado como resultado de ese mirar de la Trinidad y el ser mirado del mundo.

### 3. JESUS, EL "ENVIADO" DEL PADRE

La contemplación de Jesús ilumina plenamente lo que significa ser enviado.

Es de nuevo el evangelio de Juan, el que más nos puede ayudar en esta contemplación. El Jesús de Juan se muestra en todo momento como "el enviado".

Es el Padre que lo envía, quien tiene siempre la iniciativa, y su voluntad es la norma que orienta y configura la actividad toda de Jesús. Es esa misión amorosa, esa identificación plena con el Padre, sin referencia al cual Jesús no dice ni hace nada, la que precisamente hace de él la imagen perfecta del Padre, simplemente al Hijo (1).

Todo esto que, de modos diversos, llena las páginas del Nuevo Testamento, se encuentra resumido en estas palabras con que Jesús, en el evangelio de Juan responde a los judíos que le preguntaban "¿Quién eres tú?" :

"Cuando hayáis levantado al Hijo del Hombre, entonces sabréis que YO SOY, y que no hago nada por mi propia cuenta, sino que, lo que el Padre me ha enseñado, eso es lo que hablo.

Y el que me ha enviado está conmigo, no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él"

-Jn. 8,28-29 -

Juan concibe el proceso de la Encarnación como un movimiento descendente-ascendente que termina con la exaltación de la cruz y Resurrección que es el retorno al Padre.

" Salí del Padre y he venido al mundo.

Ahora,dejo el mundo y voy al Padre. "

-Jn. 16,28 -

El que estaba junto a Dios, era Dios (cfr. Jn. 1-2), sale de Dios, "se hace carne", pone su tienda en medio de los hombres (cfr. 1,13).

Pero, hay un aspecto en este "salir del Padre" que es fundamental; es que ese salir y venir al mundo no implica separación, sino al contrario es unión, es la forma concreta con que esa unión se visibiliza, se historiza. Y eso precisamente por ser "enviado". Nunca es Jesús solo el que enseña o actúa, sino él y el Padre: "No estoy yo solo, sino yo y el que me ha enviado"(8,16). Y eso "porque yo hago siempre

---

(1) Este título de Hijo, describe precisamente "el ser relativo de Jesús: es procedencia y donación, puro ser-de-Dios y puro ser-para-los hombres". (González Faus, "La Nueva Humanidad", pp. 362-363).

lo que le agrada a él" (8,29). Es decir, porque su "salir" y toda la actividad que en ese "salir" se concretiza, es pura respuesta a la "misión" del Padre, es referencia continua a su plan amoroso y salvífico, su voluntad. La vida entera de Jesús se convierte así en respuesta existencial al Padre que le envía, se hace unidad e identificación tal con el Padre, que simplemente es revelación del mismo Padre que habla, actúa, da la vida en el Hijo que habla, actúa y da su vida, pero no por su propia cuenta, sino porque es la voluntad del Padre. Así le es posible decir: "Quien me ve a mí, ve al Padre" (14,8). "Si me conocieráis a mí, conoceríais también a mi Padre" (8,19).

Tocamos, creo yo, la esencia misma de lo que significa ser enviado: inserción histórica, concretizada en una forma históricamente situada de hablar, hacer, vivir -pero siempre en referencia continua al Padre, dentro del movimiento de la mirada amorosa que el Padre dirige al mundo y de la que surge la misión. ¿Dónde podremos al mismo tiempo encontrar inspiración mejor para ese "in actione contemplativus", para ese "encontrar a Dios en todas las cosas"?

#### 4. JESUS ENVIA A SUS DISCIPULOS

Pero, el movimiento misional que se origina en el amor con que Dios mira al mundo, no se detiene en Jesús, sino pasando por él alcanza a sus discípulos y los convierte en "apóstoles", "enviados".

Hay continuidad perfecta entre la misión de Jesús y la de los discípulos. "Como el Padre me envió, así os envío a vosotros" (Jn. 20,21) La acción misma del Jesús que envía a sus discípulos refleja en forma humana, dentro ya de la historia, los rasgos de la acción de la Trinidad que envía al Hijo.

El evangelio de Mateo enmarca la vocación del Colegio Apostólico y su subsiguiente misión de la siguiente manera:

"Y Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y sanando toda enfermedad y toda dolencia.

Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos: "La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al dueño de las mies que envíe obreros a sus mies".

Y llamando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos y para sanar toda enfermedad y toda dolencia".

Jesús en el ejercicio de su misión, del que el v.35 ofrece un breve sumario, fija su mirada en la multitud concreta que tiene delante. De nuevo nos encontramos con esa manera peculiar de ver, esa óptica divina del amor, que lleva a la compasión, a la solidaridad y finalmente a la "acción". Y esa mirada penetra en la situación viva, doliente de la multitud, descubre sus vejaciones y abatimiento, el abandono de los poderes políticos y religiosos, pastores que sólo apacientan a sí mismos (cfr. Ez. 34).

Que este mirar se hace desde la óptica de Dios, queda expresado en la referencia explícita al "dueño de las mies". No puede olvidarse quién mantiene la iniciativa primordial y a quién hay que referir toda actividad "apostólica". Y como respuesta a esa iniciativa del Padre, confrontada con la situación histórica surge la acción concreta: "Y llamando a sus doce discípulos". Así, la misión de "los doce" -y con secuentemente la de la Iglesia, Nuevo Pueblo de Dios, que en ellos se fundamenta y simboliza- queda configurada a partir de las necesidades existenciales, reales del pueblo, que está ahí delante en ese momento concreto de la historia; pero necesidades miradas con esa mirada de Je sús que reproduce en forma humana el mirar eterno y amoroso de Dios. Así, la acción que brota de esa mirada es a un tiempo respuesta al mun do y respuesta a Dios. Encarnación en el mundo, pero encarnación de Dios.

Esto implica en el apóstol como en Jesús, un no hacer nada por propia cuenta; una referencia continua al Padre que se revela en Jesús, referencia que le va, en cada situación, dando esa perspectiva divina, cristiana, evangélica o como quiera llamarse, que encarna en el "enviado", ese modo peculiar y amoroso con el que Dios mira.

Así, la identificación del "apóstol" con Jesús es tan plena que "quien a vosotros recibe a mí me recibe y quien me recibe a mí recibe a aquél que me ha enviado". (Mt. 10,40). Pero esto será cierto, siempre que realmente el "apóstol" hable y actúe como "apóstol" i-e, como enviado, en nombre de otro, a quien todo su hacer y decir quedan referidos.

El final del evangelio de Mateo es también significativo en este sentido. Tras las palabras de misión: "Id por todo el mundo y haced discípulos de todas las gentes..." se añade "enviándoos a guardar todo lo que yo os he mandado". Es la palabra de Jesús, su voluntad, la cl a v e de la acción y enseñanza apostólica, como para él mismo lo fue la voluntad del Padre. Es a esta manera de actuar de sus apóstoles, de su Iglesia, que se encuentra ligada su presencia: "Yo estaré con vosotros cada día". (Mt. 28, 19-20).

## B. LA COMPAÑIA. CUERPO EN MISION

### 1. LA MISION: NUCLEO CONSTITUTIVO DE LA COMPAÑIA.

La famosa ilustración que San Ignacio tuvo en la Storta, queda incluida en esta misma perspectiva. La iniciativa parte del Padre: "quiero que tomes a éste a tu servicio", y es entonces que Jesús se vuelve a Ignacio -y en él a toda la Compañía- para decirle: "quiero que tú nos sirvas".

Si relacionamos esta visión con la "contemplación de la Encarnación", no queda duda de que este servicio queda insertado dentro de ese "hagamos redención", que se traduce históricamente en la misión del Hijo y junto con el Hijo en nuestra propia misión. Es en esta perspectiva que Ignacio concibe la misión -y consecuentemente la forma de vida- del grupo por él fundado en continuidad y a la manera de la de los apóstoles, y quiere que sea conocido bajo el nombre de "Compañía de Jesús".

### 2. MISION Y DISCERNIMIENTO.

Si la "misión" ocupa un lugar tan medular en el ser de nuestra vocación, será sin duda fundamental en nuestra vida de jesuitas estar siempre alerta a las exigencias concretas que la misión impone a nuestra actividad. Esta actitud de continua búsqueda de lo que debemos hacer y decir en cumplimiento de la misión es lo que llamamos discernimiento apostólico. En el fondo, no consiste sino en esa forma peculiar de mirar al mundo desde Dios o -lo que es lo mismo- al Dios que se encuentra comprometido en la salvación de este mundo concreto en que vivimos. Se trata de mirar las cosas, las personas, las situaciones reales históricas, pero no de cualquier manera, sino desde el Dios que es amor, desde la óptica misma de Jesús. Esa manera de mirar es la que iluminará el camino a seguir, la acción salvadora y liberadora que nuestra misión exige en ese momento determinado. Configurar esta óptica divina, asimilar mi manera de ver y sentir a la de Jesús, es el fruto de esa "familiaridad con Dios" que S. Ignacio considera indispensable para el jesuita. Idealmente, esa asimilación alcanza su culmen en la tercera manera de humildad.

Pero esa mirada así configurada debe clavarse en el mundo, en las gentes reales, sumergidas en esa red de estructuras y situaciones - a veces tan complejas - que determinan su existencia. Es ahí en la vida, en ese pueblo de carne y hueso, no abstracto, donde de hecho tendré que buscar lo que es "voluntad de Dios"; voluntad no de cualquier Dios, sino del Dios que Jesús nos revela: el Dios que ama y se compromete históricamente con el mundo; el Dios que envió al Hijo y nos envía a nosotros precisamente el servicio exigido por ese amor comprometido. Es Dios el que envía, pero es el pueblo al que es enviado, el pueblo real, con sus aflicciones y sus anhelos, sus dolores y esperan

zas, el que configura la forma concreta que la misión deberá tomar. Forma que podrá y deberá ser cambiante como lo son las situaciones y necesidades de un mundo que está en proceso histórico. La falta de este "discernimiento situado" no puede sino desembocar en un espiritualismo aséptico y ahistórico que nada tiene que ver ni con la voluntad de Dios ni con la misión evangélica.

Pero esa mirada al mundo no debe ser ingenua, debe penetrar y captar en profundidad las necesidades reales, los problemas de fondo. Y para eso, utilizar todos los medios y técnicas de análisis y estudio que las ciencias modernas ponen en nuestras manos. No hay medio -del tipo que sea- que pueda arrojar alguna luz sobre el mundo, que no pueda y deba, en lo posible, utilizar el apóstol de hoy.

De este mirar al mundo de esta manera, porque el mundo es un mundo tan mal estructurado, porque hay en él tanta injusticia, tanto dolor, tanto pecado, surgirá la compasión, una compasión no estática, sino impulsadora de acción -Hagamos redención-, de una acción que tiende a reestructurar el mundo, a luchar contra el dolor y la injusticia, a quitar el pecado. Y como ese dolor, esa injusticia y ese pecado, tienen formas bien concretas, se muestra en situaciones bien históricas, esa acción tendrá que concretarse cada día en tomas de posición, en luchas bien particulares. Entonces encontrarán aplicación las palabras de Jesús: "Si el mundo os odia sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros". Ciertamente que el mundo no aborrece a quien no toma posición frente a él, posiciones que cuestionan o amenazan su forma concreta y empecatada de actuar y estar estructurado.

### 3. PRESUPUESTOS DEL DISCERNIMIENTO APOSTOLICO.

Pero no nos engañemos, todo este proceso no se realiza sin dificultad y tensión. No se trata ya de aceptar o no de una vez por todas la vocación de "enviado"; se trata de una continua búsqueda y elección de la actividad, de los medios concretos por los que realizar la misión fundamental recibida. Y, dada la inevitable ambigüedad de cualquier actividad humana, no apartarse de la óptica divina, no olvidar que actuamos, no por propia cuenta, sino en nombre de Jesús, referir continuamente nuestra actividad a la voluntad del que nos ha enviado, no resulta nada fácil. La gran tensión de la vida de Jesús radica precisamente aquí. El drama de Getsemaní, como el drama de la vida entera de Jesús, que los evangelistas tipifican en la escena de las tentaciones, se centra en la forma concreta de realizar su misión mesiánica, en tener que luchar en favor de los hombres y en contra del pecado, de un modo y no de otro.

El "no mi voluntad, sino la tuya", como el "hecho obediente hasta la muerte", expresa la actitud de radical adhesión de Jesús a la voluntad del Padre que le envía, y de renuncia a otros posibles modos de realizar el encargo recibido. Pero esta sumisión amorosa no se realiza sin dificultad y sufrimiento (cfr. Heb. 5,7-8).



Poder actuar de esta manera supone en el apóstol una tremenda libertad espiritual y una identificación total con la persona de Jesús. Es el "estar en el mundo, pero sin ser del mundo". Permitaseme aludir de nuevo a esta tercera manera de humildad que S. Ignacio presenta como la actitud ideal para una elección cristiana. ¡A la hora de buscar nuvos caminos para la Iglesia y la Compañía qué es lo que no pudieran hacer un grupo de hombres tan totalmente identificados con Jesús que 'por imitar y parecer más actualmente a Cristo nuestro Señor, quieren y eligen más pobreza con Cristo Pobre que riqueza, oprobios con Cristo lle no de ellos que honores..." (E.167), y que, por otro lado, estuvieran armados con las técnicas más modernas y eficaces de análisis de la realidad! . Espiritualidad profunda y técnica eficaz unidas indisoluble mente en este grupo de hombres y puestas al servicio incondicional de la misión.

Quizás estemos tentados de sonreír un poco escépticamente frente a esa visión. Parece tan utópica y alejada de la realidad... Sin embargo, debe provocar en nosotros -si somos de verdad jesuitas- un deseo de superación y crecimiento espiritual para acercarnos a ese ideal que nos proponen S. Ignacio y la Compañía. Todo lo que se encierra tras la expresión "vida espiritual", no es otra cosa que esa manera de vivir que mantiene y va haciendo crecer la apertura al Espíritu que nos va liberando de nuestros condicionamientos demasiado humanos y nos va llevando a una progresiva identificación con los modos de ver y sentir de Dios. Fe que crece e ilumina nuestro vivir. Pero de ahí, si es que es fe auténtica, verdadera "vida espiritual", surgirá un "situarse" concreto en el mundo, surgirá un "hacer" también concreto y comprometido con la transformación del mundo según "los caminos de Dios".

Así, la acción se convierte en lugar de encuentro con Dios, se convierte en expresión existencial de fe, se hace "vida espiritual". Es la forma concreta con que respondo a Dios que me envía, el modo existencial como se expresa mi unión con él "que está conmigo, porque hago siempre lo que le agrada a él". (jn. 8,29).

#### 4. DISCERNIMIENTO COMUNITARIO.

El discernimiento apostólico es fundamentalmente un discernimiento comunitario. En la Compañía, la misión se comunica al cuerpo entero y cada miembro recibe de él la tarea -misión particular- con que debe contribuir a la realización de la misión total. De ahí, que el discernimiento apostólico básico es el de la "comunidad total". Este discernimiento se realiza extraordinariamente a través de la Congregación General, normalmente a través de los mecanismos de gobierno de la Compañía, que se concentran el en Padre General, pero que suponen comunicación activa de la periferia con el centro. No es este el momento de estudiar cómo funcionan estos mecanismos. Y lo que sucede a nivel de comunidad total, se reproduce en las comunidades particulares, que reciben del cuerpo de la Compañía una misión determinada.

A nivel de Provincia y Comunidades locales, asegurada la continuidad con la misión de la Compañía total por medio de los superiores y canales ordinarios de gobierno, el discernimiento apostólico fundamental es también comunitario.

Una comunidad formada precisamente para realizar una misión determinada -aunque esa misión única se fraccione a su vez en muchas y diversas tareas particulares- debería tener como centro polarizador de su vida, esa misma misión. Descubrir lo que hay que hacer, cómo hacerlo, cómo ayudar a cada uno de los miembros a potenciar su eficacia apostólica y apoyarle en la porción de tarea que le corresponde, etc. Se trata de un grupo de personas entregadas a la misión en la que está el centro de su vida. De ahí, que el elemento unificador de la comunidad no es tanto la convivencia, cuanto el mirar juntos -con esa mirada apostólica, desde Dios, de que tanto hemos hablado- hacia el mundo, el pueblo, las gentes, dejando que sea una realidad concreta, ése pueblo de carne y hueso, la que, mirada de esa manera, configure nuestra acción y modo de vida. El trabajo apostólico de cada miembro y el consiguiente discernimiento apostólico no puede sustituir ni quedar desconectado de este buscar comunitariamente la mejor manera de responder a la misión que se ha confiado al grupo.

#### CONCLUSION

A lo largo de estas páginas han asomado distintos aspectos que pedirían de por sí un estudio más técnico y detallado. Creo, sin embargo, que descubren suficientemente las posibilidades de lograr una mayor integración de vida espiritual y trabajo apostólico teniendo a la "misión" como elemento nuclear.

Provocan al mismo tiempo una serie de preguntas que parece deberíamos hacernos tanto a nivel personal como comunitario.

Ojalá puedan estas líneas servir de alguna ayuda para impulsar una reflexión profunda y una seria revisión sobre nuestra vocación, nuestro vivir y nuestro hacer.

-./././././././.-